



FEDERICO CARLOS KEGEL.

Tarde, muy tarde llegamos para poder decir algún elogio del viril escritor y excelente amigo desaparecido el día 10 del mes pasado. Siendo todo un carácter, una fuerza indoblegable para sostener sus convicciones, un colosal dinamo humano cuyas corrientes llevaron a las columnas de muchísimos periódicos torrentes de luz para iluminar las sendas del progreso, de la justicia y de la rectitud; siendo un formidable ariete para destruir con inimitable sarcasmo a las bajezas y a las ruindades, era al mismo tiempo, ¡parece imposible! una alma lírica abierta a todas las ternuras, un espíritu leal y franco hasta lo inverosímil. Lástima que nunca halla querido dar a la publicidad sus bellas poesías, sólo por sus íntimos conocidas, sus poesías a manera de yedras celestes por la delicadeza, saturadas de ese refinamiento y de ese complicado impresionismo que constituye el arte moderno. Una nota rarísima: no guardaba odios para nadie, ni siquiera para aquellos a quienes punzaba con la pluma.

Por tanto, y sin mencionar siquiera sus ruidosos éxitos en el arte teatral ya que están frescos los lauros, por todo ese cúmulo de cualidades lo aureolaba la pública simpatía y contaba a sus amigos por apretones de manos.... Júzguese, pues, cuál sería la consternación de esta sociedad, sobre todo de los intelectuales a quienes trataba como a hermanos, al recibir la noticia de su inesperada muerte!....

EL HIJO DE LA TRISTEZA.

A la orilla de un arroyuelo que se deslizaba murmurando entre guijas de colores estaba sentada la Tristeza, mustia y silenciosa como siempre.... entregada por completo a sus melancólicos pensamientos; tomó distraidamente entre sus dedos un poco de arcilla y se puso a modelar la figura de un niño.

Pasó Júpiter por allí, y admirado de ver el trabajo a que la Tristeza se dedicaba, le preguntó:

—¿Qué es lo que haces, oh diosa pensativa?

—Ya lo vez.... esto es sólo una tosca imitación de la realidad—contestó—Pero tú, padre de los dioses, podrías, si quisieras, darle el alma y la vida.

—¡Que viva, pues, y que me pertenezca!—exclamó Júpiter.

—¡Oh, no.... no me prives de él. ¡Es tan lindo!—dijo la diosa, estrechando contra el pecho a la tierna criatura que le sonreía.

Entonces dijo la Tierra:

—Este niño me pertenece; es mío, puesto que ha salido de mi seno.

—¡Esperad!—replicó Júpiter.—Aquí viene quien ha de fallar el pleito en favor de uno de nosotros. Resignémonos a acatar su decisión.

Era Saturno el que llegaba, el cual, con la sabiduría que le da la experiencia de los siglos, dijo:

—Que ese niño os pertenezca a los tres; es la voluntad del destino. Tú, Júpiter, que le has dado el alma, la poseerás después de muerto. A tí, Tierra, te corresponde el cuerpo: no tienes derecho a más.... Pero tú, Tristeza, su madre, lo poseerás mientras viva, nunca te abandonará y sus sufrimientos se prolongarán hasta el sepulcro.